

La hidra, la lechuza y la sangre

José Arturo Tapia Tamayo*

Marlín llegó con llagas sangrantes por todo su cuerpo, se desmayó durante los honores a la bandera. La aplicación madre lo había dicho, la aplicación madre le recetó los medicamentos necesarios para su recuperación; pues le habían detectado síntomas depresivos y un trastorno de ansiedad generalizada. La tía Sam trajo la sabiduría de la aplicación a casa, el oráculo de nuestra época.

—¡Samantha! Anoche la escuché otra vez.

—¿Qué escuchaste, Marce?

—A la hidra, la escuché otra vez en mi sueño.

—¿Sigues con eso? Mejor atiende a tu hija. ¡Mira cómo está!

—¡No quiero que ésta también se me cuelgue, Samantha!

—¡Tu marido era un rajón! No era digno de vivir en tiempos de la aplicación madre.

Al marido de Marcela lo encontraron colgado de su cinturón bajo el árbol de mango del jardín. Según la tía Sam, tomó tarde las indicaciones de la aplicación madre; no todos son lo suficiente. Vibro bajo y ella necesita que vibres alto, muy alto. Más tarde, Marlín se sintió un poco mejor. Volvió a ingerir los medicamentos que le recetaron. La tía Sam insistía. Los debía tomar, aunque doliera, el dolor significaba otra cosa, significaba la llegada de un pronto alivio. En segundos, los más cortos de la historia, a través de un video, la meca del conocimiento occidental llegó a los ojos de todos los humanos. La tía Sam era la apóstol, aunque ella prefería ser llamada influencer.

—Es que estoy desesperada, Samantha.

—Así es el proceso.

—Pero es que las cosas van mal.

—Ya te dije que mientras le hagas caso a la aplicación madre, todo saldrá bien.

* Egresado de la Licenciatura en
Letras Hispánicas en el Centro
Interdisciplinario de Investigación
en Humanidades del Instituto de
Investigación en Humanidades
y Ciencias Sociales, Universidad
Autónoma del Estado de Morelos.

Seudónimo: Lázaro escribiente

Marlín se pudo parar sola de su cama. Sin embargo, había perdido hasta la voz. Su madre Marce se preocupó aún más. Entre la tía y la madre la ayudaron a bañarse para que no se le infectaran las llagas.

—Y es que la hidra me habló de nuevo...

—Deja de tomarle importancia a esas cosas, Marce.

—Tiene tres cabezas de culebra, una roja, una azul y una blanca... meneadas por un cuerpo de perro.

—¿Y qué fregados dice, pues?

—Habla sobre tu aplicación, dice que la palabra del señor ahora es vertida sobre un rectángulo de luz, sobre la palma de mi mano...

—¡Eres bendecida, Marce! ¡Ya ves! ¡Te van a ayudar con tu hija! Es un mensaje de la aplicación madre.

—Ya no sé Samantha...

—¡Claro que sí! ¡Ten fe Marce! ¡Ten fe!

—Creo que otra vez no será suficiente...

—Las cosas van a...

—Ayer lo hice Samantha. Lo hice. Llevé a Marlín con doña Chuy.

—¡No mames, Marcela! ¡Ya ni la friegas!

—Es que mi marido fue y...

—Por eso se murió. ¿Qué no entiendes?

—Pero, pérate Sam...

—Ya no me digas nada, hazle como quieras.

—Y una lechuza vino a verme, anoche también.

—¿Una qué? ¿Una lechuza?

—Una igual de grande que la hidra...

—No creo que sea un buen augurio.

—Sólo me dijo una cosa, dijo que el árbol debe sangrar.

—No me da confianza.

—Doña Chuy dijo que fuera mañana.

—¡No vayas, Marcela! ¡Es tu hija! ¡No le hará bien!

Los quejidos de Marlín se escucharon, fueron por ella a la regadera. La tía Sam se fue, prometió que mañana traería más medicamentos. Le rogó a Marcela que no lo hiciera. Que no pusiera a su hija en peligro. Marce le hizo caso a su hermana Samantha, no llevó a Marlín con la curandera. Para esto, su hija empezó a vomitar sangre recostada sobre la cama, las llagas habían salido también al interior del estómago. Desesperada, le marcó rápidamente a la tía Sam. Posteriormente, creyendo que era su hermana, fue a abrir su portón, no era ella, doña Chuy la visitó antes.

—¡Le debo una disculpa, señora Marcela!

—Una igual
de grande que la
hidra...

—Perdón, no la esperaba.

—Yo lo sé, perdón. Su marido pudo salvarse, pero es que yo lo miré muy mal, pero esta vez su hija se salva porque se salva.

—Discúlpeme doña Chuy, pero ya está mejor, se está tomando el medicamento y ...

—La dejo porque esto va para largo, cuídese mucho.

—¡Pérese, doña Chuy!...

La señora se fue sin decir más. Marce había soñado de nuevo con la lechuza la noche anterior, esta vez le dijo: Para que deje de sangrar tu hija el árbol debe sangrar. La tía Sam llegó poco después.

—¿Qué pasa, Marce?

—La niña vomitó sangre, ven mírala.

—¡Te dije, Marce! Esa señora es bruja. ¡Te dije que tuvieras cuidado!

—¿Y ahora qué hacemos?

—Espérate, dame solo unos segundos y la aplicación madre nos dará la respuesta. Dice que dupliques la dosis y si no funciona nos la llevamos al loquero.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo. Anda ve y si no mañana mismo nos la llevamos.

—Pero, Samantha...

—¡Ándale, pues!

—Soñé con la lechuza otra vez.

—¡Te estoy diciendo! La doña esa ya te la anda trabajando...

—La sangre...

—¡Mejor ya ni me digas! Nomás me da coraje. Bueno me voy, me avisas entonces. Y trata de ya no soñar con esas cosas. Hazle caso a la hidra, a las tres culebras. Te las mandó la aplicación madre. Estas bendecida, todo saldrá bien, no te olvides de tus vibraciones.

La tía Sam se fue. Marcela duplicó la dosis. Esperó la reacción. La boca de su hija fue sellada por lo inflamado de las llagas, los ataques de ansiedad rebotaban las heridas y las lágrimas comenzaron a lastimarle el rostro. Tenían fe porque en estos tiempos después del dolor viene la vida, así lo decía la biblia que acoge aquel rectángulo luminoso sobre la palma de su mano. La noche se desenredó como nunca, la cosa iba para largo. Bajo el mango del jardín apareció una sombra, de pronto sacó las alas, las plumas blancas, los ojos profundamente amarillos, giro su cuello por completo y aleteó tres veces. Era muy grande, un animal muy grande. Movié su pico, traía algo,

se le escurrió un poco. Abrió la puerta de la sala, fue directo hacia la habitación de Marlín y desde su pico vertió un líquido al interior de la boca de ésta, quien no despertaba. Era la sangre, la sangre de drago, el árbol había sangrado. Después, la distribuyó sobre todo cuerpo. Terminó y se fue. Volvió al árbol de mango, dejó de aletear y una sombra que reflejaba a una señora se alzó sobre la tierra. Se esfumó poco después entre los dedos de luz lunar que lo iluminaban todo. Al día siguiente, Marce fue despertada con la voz de su hija. La mayoría de las llagas se habían desvanecido. En eso, una llamada telefónica le dio la noticia, al interior de la casa de su hermana Samantha, sobre su cama, encontraron sangre azul, roja y blanca. A un costado yacía el rectángulo luminoso, yacía su celular con una leyenda en medio: Error al cargar la aplicación madre. La tía Sam no volvió a ser vista. Se levantó una denuncia, las autoridades buscaron, pero Marcela, Marcela lo sabía todo; pues en su último sueño la hidra lloraba, las tres cabezas lloraban, la lechuza las devoraba.

La mayoría de las llagas se habían desvanecido.